

Ciudad Gris (La Cosecha Azul)

Juan P Cicero M



Capítulo 1

Levanto mis ojos para ver las nubes. Sólo es gris y negro lo que veo, sin un sólo rastro de celeste azul. Y todos los autos y suelos y muros... todo está gris como la niebla.

Recuerdo aún cuando el sol brillaba hace algún tiempo, y el cielo era azulado como el mar. La gente reía, todos estaban de buen ánimo, y verdes praderas pedían más y más luz del sol para regocijarse.

Pero ahora, mi ciudad es toda gris. No hay sol, no hay cielo, solo hay nubes armando un techo, y la alegría lejos se ha ido ya. Y toda la gente sólo camina sin rumbo, sintiéndose mal, cabeza cuesta abajo, y no hay lágrimas que me basten para ello.

Desearía que hubiesen nuevos sueños para alcanzar, para toda la gente que por el gris asfalto viene y se va. Pero esta ciudad gris es tan lugubre, tan aburrida y tan unánime, es un caos sin ruido y un orden sin pulcro.

Aquí, la ciudad de metal y asfalto dejó las luces que la avivaban. Los saxofones ya no alegran la noche, sólo acompañan la fría velada con una triste sonata nocturna.

El trabajo que tanto le daba un significado a los habitantes poco a poco se ha ido desgastando. Unos en las calles, otros en sus casas, ninguno porque no quiera, sino porque uno a uno han perdido aquella gustosa afición, y la buscan ahora presos por el temor de quedarse fríos sin movimiento ni labor ni calor.

Por culpa de las mentes sin alma, las luces azules que alimentan aquellos cuerpos blancos de plástico y metal afinado. Aquellos cuerpos que cortan fideos en segundos, que reparan autos sin vacilar, que a un pintor apasionado reemplazan y a un atleta pueden humillar.

Qusiera que todo fuese como en los días de antaño, cuando aquellas montañas eran lo único gris y la nieve se mantenía en sus cumbres. Cuando sus bosques eran verdes como el pasto de la colina. Cuando aquella gente transeunte traía el alma alcalina.

Cuando las flores rojas y amarillas rodeaban aquella finca, y los ganados mugían casi tan seguido como los gallos que cantaban al alba.

Cuando había humanidad, cuando había carne y sangre latiendo en el obrar. Cuando las almas no se encerraban, cuando las máquinas solo eran para jugar.

Cuando todo aún tenía luz, antes de que la cosecha se volviera azul.